

LA
AGONIA
DE LAS
AGUILAS



constant

remi

25 cts



RICHEBÉ, Roger

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO.
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbas, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 567

L. Agonie des Aigles, 1933

La agonía de las Aguilas

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el célebre actor francés

CONSTANT REMY

Narración de ALFREDO DARNELL

Producción RICHEXBÉ

REPARTO

Capitán Doguereau	CONSTANT REMY
Condesa de Ormesson	Beria y Fusier
Coronel Monfarder	Pierre Renoir
Prefecto de Policía	Jacques Ducaux

Marcel André, Annie Ducaux

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Diction. Cin. Univ. 1^{er} de Jeanne e/ford
(Var: Richebé, 554)

Cierta tarde del mes de noviembre, se hallaban reunidos alrededor de una mesa tres hombres que parecían sumidos en una profunda meditación. Uno de ellos, que parecía el más joven y que contaría unos veintiocho años de edad, estiraba las piernas hacia un fuego que ardía en la chimenea acogedora, intentando sacar sus botas altas que aparecían llenas de barro.

Desde primeras horas de la tarde se había desencadenado sobre París una furiosa tormenta y las calles no empedradas se hacían casi intransitables.

El mal tiempo parecía que había arrojado a los tres hombres silenciosos en el marasmo y su silencio tenía algo de dramático.

El más viejo de los tres alargó su mano hacia una botella de vino que descansaba encima de la mesa y dijo entre dientes:

—¡Maldito tiempo!

—Coronel Montarder — dijo el más joven de los tres, poniéndose en pie y golpeando el suelo con sus pies entumecidos por el frío—. No podemos quejarnos, el tiempo puede ser un buen aliado nuestro. En la guerra la victoria es para aquel que sabe apro-

vecharse de los accidentes sean buenos o malos. Esto lo he aprendido en su escuela.

—Tiene razón, Capitán Doguereau — contestó el Coronel cuyo ceño pareció que se disendía un poco—. Lo que me interesa es que todos nuestros amigos vengan.

—No pase cuidado, Coronel — exclamó el tercero, que aún no había dicho una palabra—, todos estarán aquí a la hora prevista.

—¿Qué hora es? — preguntó el Coronel.

—Las siete y media — contestó Betancourt.

—Falta aún un cuarto de hora — dijo Doguereau—. Yo también creo que nuestros valientes amigos estarán aquí a la hora convenida.

Volvieron nuestros hombres a caer en la modorra y el reflejo de la llama que lucía en la chimenea podían verse sus ojos, severos, inteligentes, animados por una secreta fuerza interior.

No habían pasado todavía diez minutos, cuando sonaron en la puerta de la casa tres golpes rápidos seguidos de otros dos más espaciados.

—¿Quién? — preguntó Doguereau, que se había levantado y dirigido a la puerta.

—“Aiglón” — respondieron dos voces al unísono.

Doguereau abrió en seguida la puerta y

abrazó a los dos recién llegados, haciéndolo después afectuosamente el Coronel y Betancourt.

—El Coronel creía que le tendríais miedo al agua — dijo Betancourt riendo, mientras ayudaba a sus dos amigos a quitarse las capas empapadas y chorreantes.

—Coronel — dijo uno de los dos hombres, bastante bajo y extraordinariamente mosqueado—. ¿Ya no os acordáis del frío que hacía en Rusia? Y sin embargo jamás faltamos ninguno de nosotros a nuestro deber.

—Sentaos — dijo el Coronel — y bebed un vaso de este rico Borgoña.

Doguereua vertió el vino en los vasos y el Coronel, alzando el suyo, dijo:

—¡Por el "Aiglón"! ¡Viva Francia!

—¡Viva — contestaron los demás, saludando emocionados.

Cuando todos se hallaron sentados, Brauday, uno de los últimos llegados, preguntó:

—Coronel, ¿qué noticias propicias tenéis que anunciarnos?

—El Capitán Doguereua va darnos cuenta de sus gestiones. Desde hace mes y medio de nuestra última reunión, él ha sido quien ha llevado a cabo la parte más difícil de nuestro programa, él es quien tiene que hablar.

—Amigos míos — dijo Doguereau concentrándose un momento como para reunir

sus ideas—: Las noticias que tengo que daros no pueden ser más alentadoras. El viaje que he tenido que hacer, aunque sembrado de peligros, ha servido para atraernos muchas voluntades. Ante todo tengo que decirlos que somos más de lo que creíamos. Nuestros amigos, diseminados por toda Francia, han llevado a cabo una campaña meritisima y creo que se acerca el momento en que podamos intentar un golpe de mano. Es necesario que Francia se vea libre del Usurpador y que el hijo de Napoleón sea Rey de Francia.

En Lyon, el ejército está con nosotros, en Marsella, las fuerzas nos serán adictas. Esas eran las dos ciudades que nos faltaban y todo se ha llevado a buen término. Ahora sólo hay que atraerse voluntades en Palacio. Vosotros tenéis que decir quién ha de ser el que se encargue de ello. Yo, por mi parte, querría descansar un poco.

El Coronel alzó la mano y la puso en el hombro de Doguereau:

—Sin embargo, nosotros te hemos designado a ti.

—Sí — dijo Betancourt—, tú eres quien debes introducirte en Palacio, tú tienes allí buenos amigos y gozas del favor de más de una dama.

—Ve con cuidado — dijo el Coronel—. Hemos podido averiguar que sospechan de

ti. El Prefecto de Policía ha tenido que ser despistado, pues estuvo a punto de enterarse de la organización de las "águilas".

—Bien — dijo Doguereau—. Esta noche descansaré y mañana me pondré en marcha. No podemos perder tiempo; ahora que las voluntades están captadas, no hay que dejar que su interés se entibie. Haré lo que me confiáis, pero desearía que nos reuniésemos con frecuencia, necesito estar en estrecho contacto con vosotros.

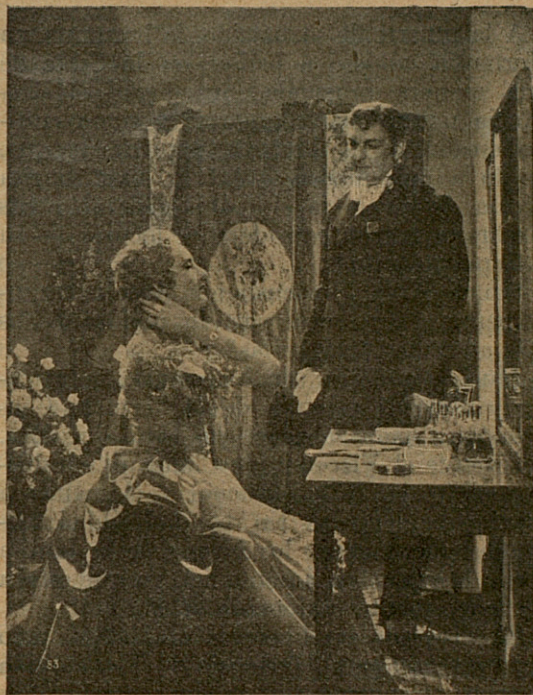
—Bien — dijo el Coronel Montarder—, nos reuniremos aquí mismo los martes y los viernes. Si necesitas de alguno de nosotros, puedes mandarme un billete cifrado a casa de mi hermana Margarita.

Después de esto, los "águilas" fueron saliendo de la casa en grupos de dos.

La Condesa de Ormesson

Hortensia, Condesa de Hormesson, se había casado cuando aún no tenía diecisiete años con el viejo Conde, achacoso y en los lindes de la idiotez, obligada a ese matrimonio por su familia, que descaba para Hortensia un título nobiliario.

El viejo cretino logró que Hortensia, a pesar de no descender de una familia noble,



— Mis criados no os dejarán entrar — contestó Hortensia sonriendo.

fuese aceptada como dama de la Corte, y a los dos años de matrimonio falleció de un golpe producido al caerse por una escalera.

A la muerte de su marido, la hermosísima Hortensia empezó a brillar en la Corte de una manera inusitada. Sus joyas, su elegancia natural, su coquetería y sus aventuras escabrosas, la hicieron popular, lo que, unido a una piedad innata y una sonrisa divina, le atrajo la simpatía general y sus disparates fueron considerados locuras de su extrema juventud.

Sin embargo, Hortensia era muy lista e inteligente, y supo sacar partido, incluso de sus más atrevidas "chiquillas".

Muchos nombres sonaban como los favoritos y aun los amantes de la hermosa Condesa, pero nadie sabía en qué carta quedarse. Solamente el Vizconde de Chateaulys hubiese podido dar la explicación y el mentis a muchas habladurías. En realidad sólo el Vizconde había logrado los favores de la damita y ella le era extrañamente fiel, ya que estaba verdaderamente enamorada de él.

El Vizconde era liberal y mujeriego, pero también amaba a Hortensia y él era quien costeaba el enorme lujo de ella.

Una mañana, Hortensia se había levantado tarde. Sus camareras la despertaron ya muy avanzado el día.

—Condesa — se atrevió a decir la preferida de Hortensia—. Ha dormido usted catorce horas.

—¿Catorce? — dijo ella incorporándose

en el magnífico lecho—. Seguramente habrán sido menos — y diciendo esto guiñó un ojo picarescamente.

En realidad, el Vizconde había estado en su habitación hasta casi el alba.

—El baño está preparado, Condesa — dijo otra camarista.

—Bien: decid hoy a los perfumistas que tenían que venir que no me molesten, no pienso recibir a nadie.

Hortensia estuvo en el baño muchísimo tiempo, pues su tocado era casi una obra de arte de los mejores peluqueros, sastres y maquilladores del Reino de Luis XVIII.

Después de haber terminado su tocado, la Condesa se hizo servir un ligero desayuno. Cuando acababa de beber su taza de leche, un criado dijo desde el dintel de la puerta:

—Señora Condesa, el perfecto de Policía, señor de Breuilly, solicita ser recibido.

—¿Breuilly a esta hora? — exclamó la Condesa, mirando a sus camaristas—. Algo de particular debe suceder. Decidle que pase aquí mismo.

Pocos segundos después aparecía el perfecto de Policía, hombre ya de cierta edad, pero que a través de cuyos ojos, pequeños y vivarachos, se adivinaba una gran sagacidad.

—Buenos días, Condesa — dijo el viejete, inclinándose como un dandy y besando la mano de Hortensia—. Temo ser interrumpi-

do, pero tengo algo muy urgente que comunicaros...

Comprendió Hortensia que el prefecto quería hablarla a solas y se apresuró a decir:

—Su visita, querido de Breuilly, siempre me es grata. Pasaremos a mi saloncito reservado y podremos hablar con mayor comodidad.

Cuando es hallaron sentados y un criado hubo servido una copa de un viejo vino apetitoso al Prefecto, Hortensia le preguntó:

—¿Qué sucede, amigo de Breuilly? ¿Puedo serle útil en algo? ¿O es que me persigue usted como directora de algún nuevo complot?

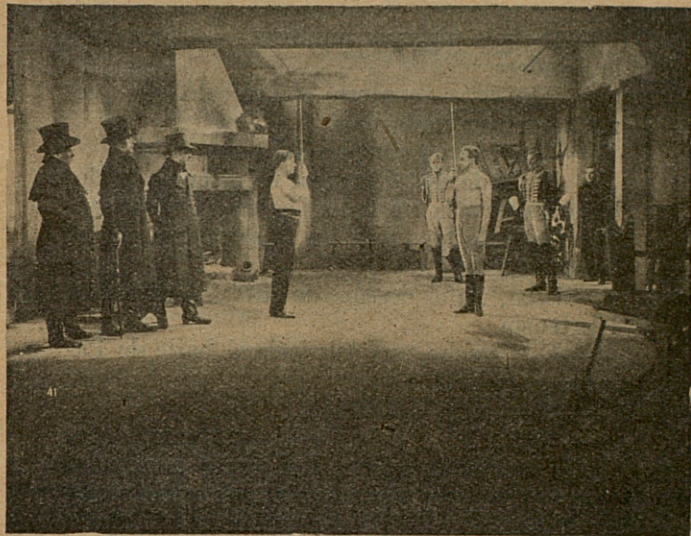
—Nada de eso, amiga mía, sino todo lo contrario. Vengo a solicitar su ayuda, eso sí, y no creo verme defraudado.

—Diga, de Breuilly, haré todo lo posible por usted.

—Bien — dijo el Prefecto, bebiendo un sorbo de vino y saboreándolo como se merecía—. Creo que tengo en mi poder todos los hilos de un vasto complot contra nuestro Rey y Señor.

—¿Bonapartistas? — preguntó Hortensia interesada.

—Quizá — contestó el Prefecto—. Se trata de una banda de antiguos bonapartistas, cuyo Club se denomina "Las Águilas" y pretenden destronar a S. M. Luis XVIII, para poner en su lugar al "Aiglón", como llaman ellos



Doguereau y el Vizconde se pusieron en guardia...

al hijo de Napoleón. Hasta ahora todos los complots que hemos logrado descubrir, no eran sino pequeños núcleos sin importancia y que ignoraban de dónde partían las órdenes, por las que se guiaban, pero esta vez — y este es un secreto importantísimo que os comunico, querida Condesa—creo haber descubierto a los organizadores, a los cabecillas que quieren emprender una empresa loca.

—¿Sabéis algunos nombres? — preguntó la Condesa.

—¡Quizá! — contestó el Prefecto, sin querer adelantar nada más.

—Veo que no confiáis del todo en mí.

—Nada de eso, Condesa, mi silencio es debido a que aún no todos los cabos están atados y el más leve paso en falso podría dar al traste con todo.

—Bien, ¿qué deseáis de mí? — preguntó Hortensia.

—Esta noche, vos asistiréis al baile de Palacio, ¿verdad?

—Sí — dijo la Condesa.

—Bien. Yo me hallaré seguramente allí. Quizá entonces pueda designaros a alguien que forma parte del complot. Es posible que a mí no me veáis, pero alguien os indicará a un hombre: necesito que os hagáis amiga de él.

—¿Es joven? — preguntó Hortensia.

—Es joven y apuesto — contestó el Prefecto con una ligera sonrisa—. Creo que su amistad no os será desagradable. Hacedos amiga de él y después yo os indicaré lo que espero de vos.

—Quedaréis complacido — contestó Hortensia, que sabía no podía negarle nada al Prefecto de quien había recibido muchas muestras de afecto e incluso le había solucionado más de un enojoso asunto.

Un baile en Palacio

El Vizconde Chateaulys se había acercado varias veces a Hortensia y no había logrado hablar ni una sola vez con ella.

Al fin, una vez terminado un baile, pudo acercarse a ella y le dijo:

—Hortensia: ¿qué sucede esta noche? Te veo un poco nerviosa. No he podido hablar ni dos palabras contigo.

—No me sucede nada — respondió ella, mintiendo con una sonrisa encantadora.

—Te he visto hablando con el Prefecto de Breuilly, ¿pasa algo?

—Te he dicho que no pasa nada — repitió Hortensia, que no pudo sofocar un movimiento de molestia.

Los salones de Palacio estaban atestados de gente, y unas muchachas se acercaron riendo y alborotando a la Condesa de Ormeson y la separaron del Vizconde, que se alejó profundamente irritado. Sin embargo no se alejó mucho y, habiendo encontrado un amigo, se pusieron a charlar reclinados en una chimenea.

El Vizconde golpeaba nerviosamente con su mano el pomo de su espada, pues acababa de ver a Hortensia que había logrado zafarse de sus amigas y hablaba animadamente con un caballero.

Quien daba celos al Vizconde no era otro que el Capitán Doguereau.

Al poco tiempo de hallarse en el baile Hortensia, se había visto abordada por el Prefecto, quien, con un gesto, le indicó quién era el caballero de que le había hablado por la mañana. Y la Condesa, con ese arte exclusivo de las mujeres, había logrado que el Capitán Doguereau se hiciese presentar a ella y en pocos minutos se habían hecho muy amigos.

Por su parte, Doguereau, cuyo objeto era ganarse amistades en la Corte y enterarse de todos los secretos posibles, se hallaba encantado de haber conseguido tan pronto entrar en gracia con la Condesa, cuyo poder conocía, y hacía todo lo posible por serle simpático.

—Me han dicho, Capitán, que vuestra fama de irresistible es tremenda y que no hay mujer que se os resista. ¿Cómo lo hacéis, Capitán? Debéis poseer un filtro misterioso que os debe haber entregado algún mago o alguna bruja; ¿no podría poseer un poco de ese mágico licor que os logra el amor de la mujer que deseáis?

—Condesa, ese filtro maravilloso vos lo poseéis.

—¿Yo? — exclamó Hortensia sorprendida.

—Vos, Condesa. Ese filtro se halla en vuestros ojos hermosísimos, en vuestros labios frescos como dos rosas, como dos claveles. Quien



— Doguereau: Vais a pagar cara vuestra acción.

haya gustado ese filtro de vuestra boca, se hallará condenado por toda la vida. No pensará, no soñará más que volver a besar, que volver a beber ese filtro maravilloso.

—Os estáis burlando, Capitán.

—No, Condesa; solamente querría que me permitieseis contemplar de vez en cuando ese filtro maravilloso; no pidió mucho.

—Capitán: no me atrevo a concederle la gracia más pequeña, por miedo de que después seáis demasiado exigente.

Aquella noche la pareja no se separó ni un solo instante, y el Vizconde no comprendía aquel cambio brusco en la actitud de Hortensia. Esta, por su parte, se hallaba interesada en el juego: el Capitán le había gustado y cada minuto que pasaba se iba ella entregando un poco más. Doguereau, conocedor del corazón de las mujeres, comprendió que había que jugárselo todo a una carta y decidió hacer el amor a aquella mujer que podía ser la clave de lo que él buscaba, y estrechó el cerco.

Cuando la fiesta se terminaba, se hallaban Hortensia y Doguereau en una terraza. Vió él que estaban solos y, antes de que ella pudiese resistirse, la cogió entre sus brazos y la dió un beso en la boca. Intentó ella desahucarse, pero él no cedió en su empeño y ella se abandonó ya francamente, no encontrando desagradable aquello.

Cuando él separó su cara de la suya, Hortensia se finjió enfadada y le dijo:

—Capitán: esto puede costarle caro.

—No importa, Condesa — dijo él —. Estoy

dispuesto a pagar este beso incluso con mi propia vida.

Sonrió Hortensia y entonces él la dijo:

—¿Me permitiréis acompañaros hasta vuestra casa?

—No — contestó ella —. No quiero perderos. Si queréis, mañana podéis venir a verme a mi casa.

—Esta noche estaré allí — respondió él.

—Mis criados no os dejarán entrar.

—Me echaré ante vuestra puerta y pasaré la noche allí.

Hortensia sonrió otra vez y, sin contestarle lo que quería ser una invitación a que se atreviese, le alargó la mano para que se la besase.

El Desafío

Doguereau había quedado con Betancourt que se encontrarían en la casa de este último a la salida de la fiesta de Palacio.

Una vez Doguereau se hubo despedido de Hortensia, tuvo la idea de llegarse a casa de su amigo y comunicarle la buena estrella que aquella noche le había amparado, yendo después inmediatamente a casa de la Condesa de Ormesons.

Sin embargo, cuando salido de Palacio, se

dirigía hacia la casa de su amigo, al doblar una esquina topó con un hombre envuelto en una capa.

Este último lanzó una maldición y exclamó:

—¡Maldito idiota! Podríais poner cuidado.

—Caballero — dijo Doguereau, dominándose, pues la sangre le había affluído al rostro al oír el insulto—. La culpa no ha sido mía, habláis con un Capitán.

—He dicho idiota y no retiro la palabra— contestó el hombre.

—Y vos sois un mentecato — exclamó Doguereau—, a quien voy a atravesar de una estocada.

En el mismo instante, el desconocido dió a Doguereau una tremenda bofetada, y cuando éste quiso desenvainar la espada, se vió sujeto por dos hombres.

—Mañana nos encontraremos — dijo el desconocido—. Podéis entenderos con mis dos amigos.

Doguereau, extrañado, miró a los dos hombres y se asombró al distinguir a dos caballeros de la Corte, que había visto en la fiesta de Palacio.

—Vuestro antagonista será el Vizconde Chateaulys — dijo uno de ellos—. ¿Os batiéis a espada?

—Como queráis — dijo Doguereau.

Pocos momentos después, Doguereau, pen-

sando en el extraño lance que le había sucedido, se dirigió a casa de Betancourt, a quien le contó lo sucedido.

Betancourt le prometió hallarse al día siguiente a las cinco de la mañana en el lugar designado para el desafío en compañía del Coronel Montarder, ya que ambos actuarían de padrinos en el duelo.

Después, y a pesar de la extraña situación en que se hallaba comprometido Doguereau, se dirigió a casa de Hortensia, hasta cuyo habitación halló vía libre.

La Condesa no sabemos si, con objeto de cumplir perfectamente el encargo del Prefecto o bien porque el Capitán le fuese simpático, le recibió amablemente y poco después en la casa de la Condesa se apagaron las luces, sin que nadie hubiese salido de la misma.

Al clarear el día, casi de noche aún, el Capitán Doguereau abandonó la casa de la Condesa de Ormesson y, subiendo a un coche, se hizo conducir hacia el lugar del desafío.

El lugar de la cita eran unos jardines de la villa de un Marqués, hombre libertino y aficionado a los lances de amor y de espada, que muy amigo de Vizconde le había ofrecido su jardín para cuantos duelos quisiera celebrar él o sus amigos.

En el lugar escogido para el desafío encontró Doguereau a sus dos amigos, el Coronel y

Betancourt, y a una multitud de caballeros, amigos en su mayoría del Vizconde, que deseaban presenciar el duelo.

—¿Seguro? — preguntó el Coronel a Doguereau.

Este esbozó una sonrisa y dijo:

—Mi brazo está quizá un poco enmohecido, Coronel, pero creo que sabrá dejar en buen lugar a los oficiales de Su Majestad el Rey próximo.

El Vizconde y Doguereau se despojaron de sus vestidos y quedaron desnudos de cintura para arriba. El frío era intensísimo, pero los dos combatientes no parecían darse cuenta de ello.

El Juez del combate dió la orden de empezar y los dos hombres se lanzaron a la lucha frenéticamente.

—Buena parada — decía un caballero.

—Magnífico brazo tiene el Capitán — comentaba otro.

—Esa parada en cuarta es un prodigio — lanzaba un tercero.

Lo cierto es que el Vizconde que se había lanzado al ataque confiado, se encontró con una muñeca de hierro que iba dibujando rápidamente un molinete amenazador.

De pronto, una escoda falsa del Vizconde hizo que Doguereau, con un leve gesto de muñeca, hiciera saltar su espada.



El Prefecto de Policía intentó convencer a Doguereau.

El Vizconde lanzó una maldición y, recogiendo la espada, prosiguió la lucha.

Los espectadores se fueron interesando en la pelea y comprendieron que aquellos dos hombres debían solventar en aquel momento algo más importante que una bofetada dada en un momento de acaloramiento.

De pronto, Doguereau, que hasta aquel momento se había mantenido a la defensiva,

avanzó, quiso el Vizconde detenerle, pero Doguereau siguió avanzando implacablemente. El Vizconde, furioso, se lanzó temerariamente hacia adelante y entonces Doguereau dió un pequeño salto hacia un lado y el mismo Vizconde se hizo atravesar por la espada de su enemigo, cayendo al suelo con el pecho atravesado.

El médico se adelantó para curar al herido, pero la estupefacción de los espectadores fué terrible cuando el médico dijo:

—Señores, todo es inútil: la espada ha atravesado el corazón.

La venganza de una mujer

Cuando Hortensia supo lo sucedido, creyó morirse de dolor y de rabia. Ella se consideró la culpable de todo lo sucedido y su odio hacia Doguereau cogió proporciones insólitas.

Aquel mismo hizo llamar al Prefecto de Policía y le dijo:

—Caballero de Breuilly: esta noche podréis sorprender a las "águilas". Deben reunirse a las diez; encontraréis a todos los cabecillas. En cuanto al Capitán Doguereau a las ocho tiene que venir a mi casa. También podréis apresarle.

Doguereau, a la hora fijada, se halló en casa de la Condesa.

—Capitán — le dijo ésta—. No quiero negaros nada. Sé quién sois y lo que pretendáis de mí, pero no habéis de burlaros. Esta mañana os habéis ausentado de mi casa para asesinar a mi mejor amigo, vais a pagar cara vuestra acción.

Doguereau, al oír estas palabras, comprendió la celada en que había caído, pero, al querer huir por una ventana, se vió rodeado por los hombres del Prefecto de policía y fué hecho prisionero.

Unas horas más tarde, la puerta de la celda en que había sido encarcelado, se abrió para dejar paso a cuatro hombres.

Eran sus cuatro amigos. "Las Águilas" habían caído.

—Coronel — dijo Doguereau cuando el carcelero los hubo dejado solos—. Yo soy el culpable de todo.

—No — contestó el Coronel—. Has caído cumpliendo con tu deber. De todos modos no importa, otros seguirán la obra que nosotros hemos comenzado, ahora sólo tenemos que tener una consigna.

—¡Morir! — dijo Doguereau, alzando la cabeza valerosamente.

—¡Morir y callar! — recalcó el Coronel—. No tenemos que declarar absolutamente nada que pueda comprometer a nuestros amigos.

—Juremos por nuestro Rey cumplir con

nuestro deber — exclamó Doguereau, cuyos ojos llameaban.

—Lo juramos por el "Aiglón" y por Francia — dijo el Coronel, alzando la mano.

—Juramos — respondieron los otros cuatro emocionados.

Pasaron los días y las semanas, el Prefecto se mostraba en extremo contrariado. A pesar de sus numerosos esfuerzos, de los engaños que había dicho, de las celadas que les había preparado, no había conseguido que los detenidos confesaran absolutamente nada. Fieles a su consigna, no habían respondido a ninguna pregunta de sus jueces y se habían cerrado en el mutismo más absoluto.

Un día, el Prefecto fué a visitar a Hortensia, a la que halló en su casa con el semblante preocupado.

—Condesa — le dijo el Prefecto—, tenéis que ayudarnos.

—¿Qué más puedo hacer por el Rey— exclamó ella—. Vos tuvisteis la culpa de que el Vizconde Chateaulys muriera.

—Vos sabéis cómo lo siento, Condesa. Sin embargo, yo os pido que veáis al Capitán Doguereau. Vos sois la única persona que puede obligarle a que declare. Su Majestad no quiere en modo alguno que esos hombres sean fusilados. Es una medida política, pues su muerte podría ocasionar serios disturbios que amenazasen el trono.

—¿Qué tengo que hacer? — preguntó Hortensia.

—Ir a visitarle a la prisión. Aconsejarle que hablen, que se defiendan, de esta manera el Tribunal podrá perdonarles la vida.

—Está bien — dijo Hortensia—. Mañana iré a verle.

Al día siguiente, Hortensia hizo lo que había prometido al Prefecto y se presentó en la prisión.

Durante mucho rato estuvo hablando con Doguereau, que la escuchaba sin pronunciar una sola palabra.

Hortensia ya desesperada de su cometido, cuando Doguereau, saliendo de su obstinado mutismo, esbozó una sonrisa y, mirándola fijamente, le dijo:

—Condesa, váyase tranquila. Mis compañeros y yo hablaremos.

Estas fueron las solas palabras que Hortensia pudo comunicar momentos después al Prefecto. Este, al oírlas, se quedó pensativo y murmuró entre dientes:

—Quizá hemos hecho mal. Según como hablen, se perderán irremisiblemente.

"Las aguilas" ante el Tribunal

El día de la vista fué de intensa emoción. El Rey se había interesado por los prisioneros y todo París estaba al corriente de lo que había sucedido, y la masa, movida por esos resortes sentimentales que en ciertos momentos tiene una importancia capital para la suerte de un régimen, estaba de parte de los procesados.

Estos se presentaron ante el Tribunal con la cabeza erguida y parecían acusadores más bien que acusados.

El Presidente del Tribunal abrió la sesión y dijo:

—Se ha cometido un delito de traición a la Patria y al Rey. Los encartados se han alzado contra los poderes constituidos y han forjado un complot. Se ha pretendido, y así lo prueban los documentos hallados en la casa donde los acusados se reunían, derribar al régimen, y sustituirlo con un imperio regido por el hijo de Napoleón.

Las pruebas halladas son irrefutables y acusan a los cinco acusados del delito de alta traición condenado con la pena de muerte. Sin embargo, este Tribunal, con su espíritu de Justicia y de Piedad, conmina a los acusados a que justifiquen y a que faciliten a la Justicia los nombres de los demás participantes en este complot. Si así lo hacen, segura-

mente este Tribunal creará posible rebajar la pena.

Se va a proceder al interrogatorio de los acusados.

El primero en declarar fué el Coronel Montarder.

—Señor Coronel — dijo el Fiscal—. ¿Reconocéis haber intentado hacer llegar al Trono de Francia al hijo de Napoleón, valiéndoos de un complot?

—No — contestó el Coronel—. Hemos intentado devolver a Francia su Rey legítimo.

—Este Tribunal no puede reconocer como Rey más que a S. M. Luis XVIII.

—Un usurpador — contestó el Coronel.

Un fuerte murmullo se dejó oír en la sala y partieron varios gritos contra el Tribunal. El Presidente logró restablecer el orden y preguntó:

—Coronel Montarder: Haciéndome eco de las palabras de la Presidencia, os ruego que confeséis los nombres de vuestros cómplices.

—Nuestros cómplices — contestó el Coronel serenamente — son todos los hombres honrados de Francia.

El tumulto que originó esta respuesta fué tremendo, el griterío hacía imposible seguir la vista y el Presidente, a una señal del Prefecto, suspendió la sesión durante unos minutos.

El Prefecto fué al encuentro de Hortensia,

que estaba presenciando la vista, y le dijo:

—Condesa, haga el último esfuerzo. Con venga a Doguereau de que declare, de lo contrario están perdidos.

—Es imposible — contestó Hortensia—. Esos hombres son de hierro.

—¿Están obcecados?—interrumpió el Prefecto pálido.

—¡Quién sabe! Parecen mártires. Hombres que saben morir de esa manera y que se conservan dignos hasta el final, son dignos de admiración.

—¿Vos, vos también? — dijo el Prefecto dolido—. ¿No comprendéis que vuestra compasión los llevará a la muerte.

Hortensia quiso hablar con Doguereau, pero éste le dijo solamente:

—Señora, no os guardo rencor. En el momento de morir, en mi corazón sólo cabrán mi Rey y vuestros labios.

Hortensia salió de la celda con las lágrimas en los ojos y comprendió que amaba a aquel hombre; que era el corazón más grande y fuerte que nunca hubiera conocido.

Resanudada la vista, el Fiscal preguntó a Doguereau:

—Capitán Doguereau: Usted ha sido un buen soldado. Francia le estará siempre agradecida. Vos no debéis morir, pero es preciso que nos digáis el nombre de vuestros miembros; la organización será desbaratada sin



— Mis compañeros y yo hablaremos.
duda alguna. ¿Por qué os tenéis que empeñar en ir a la muerte?

—Aunque nuestros cuerpos caigan atravesados por las balas — dijo Doguereau —, nues-

tro ideal no morirá. ¡En nombre de qué Justicia habláis, señor Fiscal? Hablar de Justicia en Francia es hacer befa de las cosas más sagradas. Los libertinos, los cretinos que ahogan a Francia, que venden sus territorios a sus enemigos, no son dignos de pronunciar el sagrado nombre de la Justicia.

El Presidente quiso intervenir, pero Doguereau continuó:

—El Rey de Francia es el Hijo de Napoleón. Algún día caerá sobre vosotros, algún día el “águila” volverá a extender sus alas sobre Francia, y entonces vosotros, los cuervos, os esconderéis cobardemente. Nosotros podemos morir, un día se pedirán cuentas.

—Capitán Doguereau — dijo el Presidente cuyo semblante estaba lívido—. Vuestros insultos no pueden mancharnos. Os doy por última vez como no oídas vuestras palabras. Contestad a esta pregunta: ¿Quiénes son vuestros cómplices? ¿Cuál es vuestra organización? Aunque vosotros no lo creáis, sólo así habréis hecho un bien a Francia, a quien decís tenéis tanto amor.

—El Coronel os ha contestado por mí — contestó Doguereau—. Todos los que no son unos cobardes, unos cretinos, todos los que aman a Francia, todos los hombres que tienen un corazón, los que no están contaminados de vuestra lepra moral, son nuestros cómplices. ¿Nombres? Salid a la calle sin nece-

sidad de ellos: todo ciudadano honrado es nuestro cómplice, no os bastarán las cárceles. Pero, cuidado, el león se cansará de verse acosado, el águila se cansará de estar enjaulada.

El griterío del público era tan intenso, que la Presidencia determinó acabar rápidamente. El Prefecto se dió cuenta de que todo era inútil; aquellos hombres habían dictado su sentencia; sus palabras habían sido un ultraje a la Patria y al Rey, nadie podía salvarles.

Reunido el Tribunal, durante unos instantes en sesión secreta, volvieron a la sala, y el Presidente se levantó y leyó con voz un poco temblorosa la sentencia.

Los cinco “águilas” morirían fusilados a la mañana siguiente.

Epílogo

A la seis de la mañana del día siguiente, a la vista un piquete de soldados se había dirigido a la celda donde los condenados estaban en capilla.

Se formaron en dos filas a la entrada de la celda y a los pocos instantes salieron el Coronel Montarder, Doguereau, Betancourt y sus dos amigos.

Los cinco se habían abrazado antes de salir de la celda. Doguereau los había besado a todos y les había pedido perdón. Los demás le abrazaron fuertemente. Doguereau era el más joven y todos le querían como a un hijo.

A la voz del oficial, el piquete se puso en marcha y se dirigió al patio de la prisión.

Los condenados se pusieron en fila junto a una pared.

El oficial mandó cargar las armas y los condenados que no habían querido que se les vendaran los ojos, respondieron a la voz del Coronel, que antes que el Oficial diera la voz de fuego, gritaron.

—¡Viva el "Aiglón"! ¡Viva Francia!

Segundos después los cinco héroes, los cinco "águilas" habían muerto.

En la habitación del Prefecto de Policía una mujer lloraba y rogó al caballero de Breuilly que depositara un ramo de rosas junto al cadáver de Doguereau.

FIN



EL GRAN
ÉXITO
DEL AÑO

LOS 4 ALMANAQUES 1935

QUE TODOS LOS NIÑOS LEERÁN

MICKEY MOUSE

(Films exclusivos de
Artistas Asociados)

El célebre ratoncito universalmente conocido, tan querido por los grandes y los chicos. Simbólica creación de WALT DISNEY.

LOS TRES CERDITOS

(Films exclusivos de
Artistas Asociados)

El mayor alarde artístico de la gracia y del ingenio humano, estilizado por el más genial de los caricaturistas WALT DISNEY.

BIMBO

(Films exclusivos de
Paramount Films)

el travieso, el audaz, cuyos rasgos característicos, causan la mayor alegría a todos sus admiradores. Creación del gran MAX FLEISCHER.

BETTY BOOP

(Films exclusivos de
Paramount Films)

la muñequita ideal, todo candor y finura, la liliputiense artista predilecta de las niñas y creada por el celeberrimo MAX FLEISCHER.

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

PEDIDOS A
EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA